

cado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los quarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que, no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento; porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tratando á manera de culto la desesperacion: y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines, y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dexó bastantemente castigado su atrevimiento.

Inquietan los enemigos los quarteles.

Vuelven rechazados.

Arbitrios notables de Guatimozin.

Finge que se acabará la guerra en ocho dias.

El día siguiente dió Guatimozín, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabandose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia: y ultimamente divulgó, que aquella deidad, suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los exércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le

habia dicho en voz inteligible que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella quantos despreciasen este aviso. Fingiolo asi, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles: y tuvo inteligencia para introducir en los quarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios entre las naciones de Indios que militaban contra él. Notable ardid, para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los Cabos.

Procura desanimar á los confederados de Cortés.

Tenian tan asentado el credito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron facilmente á que no podian faltar sus amenazas; haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el exército: y en las dos ó tres primeras noches faltó de los quarteles la mayor parte de los confederados: siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismos Tlascaltécas y Tezcucanos se deshicieron con igual desorden; ó porque temieron el oráculo como los demás, ó porque se los llevó tras sí el exemplo de los que le temian. Quedaron solamente los Capitanes, y la gente de cuenta, puede

Parte de los Indios amigos desampara el exército.

ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fue menos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco menos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el origen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos Cabos, para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho días señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos baticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al ejército. Diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho días, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía, que suele formarse del temor desengañado.

Vuelven reforzados los de Tezcúco,

y los Tlascaltécas con nuevo socorro de gente.

Don Hernando, el Príncipe de Tezcúco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos, y con nuevas tropas, que halló formadas para socorrer el ejército. Los Tlascaltécas desertores (que fueron de la gente mas ordinaria) no se atrevieron á proseguir su viage, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorpo-

rarse con un socorro que venia de Tlascála, y fueron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos, que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los quales vino á rendirse, y á tomar servicio en el ejército la nacion de los Otómies, gente, como diximos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna: rebeldes hasta entonces al imperio Mexicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecido por esteril, y despreciado por inhabitable: con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil aliados á su disposicion, pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco menos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

Toma servicio la nacion de los Otómies.

Hállase Cortés con doscientos mil aliados.

No estuvieron ociosos los Mexicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian freqüentes salidas, dexandose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Supose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la

Hambre y
sed en la
ciudad.

ciudad: porque la hambre y la sed tenían congojada la plebe, y mal satisfecha la milicia. Enfermaba, y moría mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podían escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartían por tasa entre los magnates, dando nueva razón á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad. Llamó Hernan Cortés á sus Capitanes, para discurrir con esta noticia lo que se debía obrar, según el estado presente de la ciudad y del ejército.

Llama Cortés á sus Capitanes.

Hizo su proposición, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenían á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos, con que le fomentaba el demonio: y se inclinó á que sería conveniente volver luego á las armas, por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados, gente de fáciles movimientos; y que así como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos: porque siempre deseaban la ocasión de llegar á las manos: y no se hacían capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entonces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Resuélvese
la continuación
de la guerra,

Vinieron todos en que se continuase la guerra sin desamparar el asedio: y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecía en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos

esfuerzos de los Mexicanos, resolvió, que reforzando la guarnición de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas, para tomar puestos dentro de la ciudad: los cuales se habían de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte, hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlatelúco, donde se unirían las fuerzas, para obrar lo que dictase la ocasión. Estuviera más adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolución; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la corrección de los errores.

y que se tomen
puestos dentro
de la ciudad,

avanzando
los trozos
hasta el Tlatelúco.

Enseñan los
malos sucesos
el arte de la guerra.

CAPITULO XXIV.

HACENSE LAS TRES ENTRADAS

á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlatelúco. Retírase Guatimozín al barrio más distante de la ciudad: y los Mexicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

PRevenidos los víveres, el agua, y lo demás que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres

Hacense las
tres entradas
á un tiempo.